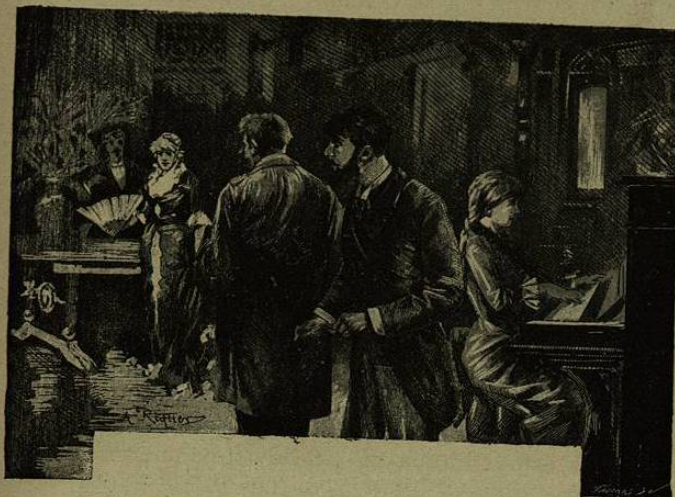


LIBRO TERCERO



I

El Justiciero

Los que viven siempre encerrados, sujetos á su pedazo de vidrio por el trabajo ó por la enfermedad, como se hacen un horizonte de las paredes, de los techos, de las ventanas vecinas, se interesan también por las gentes que pasan.

Inmóviles se encarnan en la vida de la calle, y todos esos que en pasos de sus negocios se les aparecen todos los días á las mismas horas ni sospechan que sirven de regulador á otras existencias, que los esperan ojos amigos, á los cuales faltan, si les ocurre echar por otro camino.

Las pobres mujeres de Delobelle, reclusas todo el santo día, hacían estas mudas observaciones. Como la ventana era estrecha, la madre cuya vista comenzaba

á gastarse á fuerza de trabajar, se acercaba á ella buscando la luz. Desde allí iba anunciando los transeúntes á su hija que, siempre en su butaca, se había quedado un poco más lejos. Era una distracción, un asunto de familiar coloquio, con que las largas horas de trabajo parecían más cortas, divertidas por apariciones regulares de personas muy ocupadas también.

Eran estas dos hermanitas, un señor de sobretodo gris, un niño que iba y venía al colegio y un viejo empleado con una pierna de madera, cuyo paso desigual sonaba siniestramente en las baldosas de la acera.

Á éste apenas se veía, como quiera que pasaba cerrada ya la noche; pero se le oía muy bien, y el seco són de su paso llegaba á la cojita como el rudo eco de sus más tristes pensamientos.

Todos estos amigos de la calle ocupaban sin saberlo á las dos mujeres. Si llovía, decían:

— Van á mojarse... ¿Habrá llegado el niño antes del chaparrón?

Y en los cambios de estación, ahora el sol de marzo inundara las húmedas aceras, ahora las cubriera la nieve de diciembre, la aparición de un traje nuevo en uno de sus amigos hacía pensar á las dos presas: «Es el verano,» ó bien «es el invierno.»

Ahora bien, era á la sazón la tarde de un día de mayo, una de esas tardes luminosas y apacibles en que la vida interior de las casas se esparce afuera por las ventanas abiertas.

Desiderata y su madre agitaban sus dedos y en ellos sus agujas, aprovechando la luz del día hasta su último rayo, antes de encender el quinqué. Oíanse gritos de niños que jugaban en los patios, pianos ensordecidos, y la voz de algún revendedor callejero que arrastraba su carretón medio vacío. Sentíase la primavera en el aire, un vago perfume de jacinto y lila.

La madre Delobelle había dado de mano, y antes de

cerrar la ventana, escuchaba puesta en ella de codos, todos esos rumores de una gran ciudad laboriosa, feliz de circular por las calles, terminado ya el trabajo del día.

De vez en cuando, hablaba con su hija sin volverse.

— Acá viene Sigismundo. ¡Qué temprano sale de la fábrica esta noche! Acaso sea porque se alargan ya los días; pero creo que no son todavía las siete... Y ¿con quién viene el viejo cajero?... ¡Es singular!... Diríase que lo acompaña Franz... Pero no, no es posible: Franz está muy lejos de aquí. Luego él no tenía barba... Sin embargo, le parece mucho. Mira, hija, mira...

Pero la cojita no abandona su butaca, no se mueve siquiera. Con los ojos extraviados, con la aguja en el aire, inmovilizada en su bella actitud de trabajo, ha volado hacia el país azul, esa región maravillosa á donde se va libremente, sin temor de ninguna enfermedad. El nombre de Franz, á dicha pronunciado por su madre, es para ella toda una historia de ilusiones, de dulces esperanzas, fugaces como el rubor que le salía á las mejillas, cuando por la noche al retirarse, entraba á departir con ella un rato.

¡Cuán lejos está ya todo esto! ¡Y pensar que vivía en la habitación inmediata, que se oía su paso en la escalera, y el ruido de su mesa, cuando la arrastraba junto á la ventana para dibujar!... ¡Qué pesar y qué dulzura sentía ella cuando lo oía hablar de Sidonia, sentado á sus piés en la silla baja, mientras montaba sus moscas y sus pájaros de mil colores!

Sin dejar su labor, lo consolaba, porque Sidonia había causado muchos enojos pequeños al pobre Franz, antes de causarle el grande. El metal de su voz, cuando hablaba él de la otra, el esplendor de sus ojos, cuando pensaba en ella, la encantaban á pesar de todo; de tal manera que cuando partía desesperado, dejaba tras sí un amor más profundo y grande que el que se

llevaba, un amor que la pobre vivienda siempre igual, la vida sedentaria é inmóvil guardarían intacto con todo su amargo perfume, mientras el suyo, al cielo abierto de los grandes caminos, se evaporaría poco á poco.

El velo del último crepúsculo se pliega más y más cerniendo sombras y cierra la noche al fin. Envuelta en la oscuridad que sigue á tan serena y dulce tarde, la pobre joven se siente poseída de mortal tristeza. La claridad dichosa del pasado disminuye á sus fatigados ojos, como el último rayo de luz en el sesgo de la ventana en que la madre está de codos.

De pronto se abre la puerta.

Alguien está allí cuya presencia apenas se vislumbra. ¿Quién puede ser? Las pobres mujeres de Delobelle nunca reciben visitas. La madre, que se ha vuelto, cree que vienen del almacén por la tarea de la semana, y en este sentido dice:

—Mi esposo ha ido á llevarla ya.

El que era se adelanta en silencio, y á proporción que se acerca á la ventana se va contorneando su persona.

Es un buen mozo, robusto y moreno, de barba espesa, de voz recia, de acento algo pesado.

—Madama Delobelle ¿no me reconoce usted?

—Desde luégo le he reconocido yo, señor Franz — dice Desiderata con singular sosiego.

—¡Valgame Dios! ¡Es Franz Risler!

Y la señora mayor corre por el quinqué, lo enciende y cierra la ventana.

—Conque tenemos de vuelta al amigo Franz. ¡Mil norabuenas! Pero con qué sosiego y frialdad recibe al amigo Franz esta muchacha. Siempre la misma: es un copo de nieve.

Si en verdad. Está pálida, pálida, y entre las manos de Franz está la suya fría, cuanto blanca.

Franz encuentra á la cojita embellecida, pero más delgada.

La pobre cojita encuentra á Franz muy gentil de su persona, como siempre; y con una expresión de lasitud y de tristeza en lo hondo de los ojos, que lo hace más hombre que á su partida.

Su lasitud proviene de aquel precipitado viaje, emprendido sin demora al recibo de la emponzoñada carta de Planus. Aguijoneado por la palabra *deshonra*, se puso en camino sin esperar la licencia, arriesgando su destino y porvenir, y de paquebotes en trenes no se ha detenido hasta llegar á París.

Hay pues causa por estar cansado, cuanto más si se viaja con el afán de llegar, y si el inquieto pensamiento se agita sin cesar, haciendo cien veces el camino tras dudas y terrores continuos.

Su tristeza data de más lejos... data del día en que la mujer á quien amaba rehusó darle su prometida mano, para ser, seis meses después, la esposa de su hermano; dos golpes terribles, uno tras otro, y el segundo muy más doloroso que el primero.

Verdad es que antes de su enlace, le escribió el hermano mayor pidiéndole permiso para ser feliz con Sidonia, y esto en términos tan tiernos y conmovedores que atenuaron un tanto la violencia de tan rudo golpe.

Después, el alejamiento, el trabajo, los viajes cicatrizaron su herida y dieron fin á su pesar, sin que le quede ya más que un fondo de melancolía. Á menos que el odio que siente en estos momentos contra la mujer que está deshonrando á su hermano, no sea todavía algo de su antiguo amor.

Pero no; Franz no piensa sino en vengar el honor de Risler. No viene como amante, sino como justiciero, y Sidonia ha de tenérselo en cuidado,

Ahora mismo, al bajar del wagón ha ido derecho á

la fábrica, contando con la sorpresa de su venida para juzgar lo que pasaba de una ojeada.

Por desgracia no había encontrado á nadie.

Las persianas de la casa del jardín estaban cerradas de quince días atrás, y según informes del tío Aquiles, las señoras vivían de temporada en sus quintas á donde iban los consocios todas las tardes.

Fromont había salido de la fábrica muy temprano; Risler acababa de partir.

Franz se decidió á hablar con Sigismundo; sino que era sábado, día de pago, y hubo de esperar que la larga hilera de operarios, que comenzaba en la casita del tío Aquiles y acababa en la rejilla del cajero, se hubiera aclarado un poco.

Aunque impaciente y triste, el honrado mozo, que desde la infancia había vivido la vida de los obreros de París, sentíase bien hallado en medio de aquella animación y de aquellas costumbres especiales. Había en todos aquellos semblantes, honrados ó viciosos, el contento de la semana acabada. Velase que para ellos comenzaba el domingo el sábado á las siete de la tarde ante la rejilla del cajero.

Es menester haber vivido entre comerciantes para conocer todo el encanto de este descanso de un día y su solemnidad. Muchos de aquellos pobres, encadenados á trabajos insalubres, esperan el bendecido día de reposo como un soplo de aire respirable, necesario á su salud y vida. Así ¡qué expansión, qué alegría y qué necesidad de alegrarse los domingos! Parece que la opresión del trabajo de la semana se disipa al mismo tiempo que el vapor de las máquinas, que se escapa silbando y humeando por encima de los talleres.

Los operarios se retiraban de la rejilla contando el dinero que brillaba en sus tiznadas manos. Todo era decepciones, murmullos, reclamaciones, horas en claro, partidas anticipadas; y entre el sonsonete del

dinero, la voz de Sigismundo, tranquila y severa, defendía los intereses de la casa con implacable fiereza.

Franz conocía estos dramas, las entonaciones falsas y las verdaderas: sabía que el uno reclamaba para la familia, para pagar al panadero, al boticario, al maestro de escuela; el otro para la taberna ó algo peor. Sabía lo que esperaban las sombras tristes y fatigadas que pasaban y volvían á pasar por delante de la puerta exterior, lanzando intensas miradas al fondo de los patios; esperaban al padre ó al marido para llevárselo cuanto antes al hogar con voz regañona ó persuasiva.

¡Oh! Los niños descalzos, los pequeñuelos envueltos en chales viejos, las mujeres sórdidas, cuyos rostros bañados de lágrimas reflejan la blancura del lienzo de sus gorros.

¡Oh! El vicio emboscado, acechando el dinero del salario, los tabucos que se alumbran en el fondo de las más negras calles, las tabernas en que los mil venenos del alcohol ostentan sus falsos colores...

Franz conocía todas estas miserias; pero nunca le habían parecido tan lúgubres, tan siniestras como aquella tarde.

Por fin terminó tan laboriosa función, y Sigismundo salió de su despacho.

Los antiguos amigos se encontraron y abrazaron; y en el silencio de la fábrica, parada por veinticuatro horas, explicó el cajero á Franz el estado de las cosas.

Le habló de la conducta de Sidonia, de sus dilapidaciones, del honor del matrimonio envilecido para siempre. Risler había comprado una casa de campo en Asnières, la antigua casa de una actriz, y en ella se habían instalado de la manera más fastuosa: tenían caballos, carruajes, un lujo de mil diablos.

Lo que más inquietaba ahora al honrado Sigismundo era la moderación que guardaba últimamente

Fromont menor. En efecto, hacía ya algún tiempo que casi no tomaba dinero de caja, y, sin embargo, Sidonia gastaba ahora más que nunca.

—No tengo maldita la confianza—decía el honrado cajero meneando la cabeza—maldita... maldita...

Luégo añadió en voz baja:

—Pero ¡tu hermano... tu hermano... mi querido Franz! ¿Quién tal pensara? Hace la vista gorda á todo esto, con las manos en los bolsillos y el pensamiento en su famoso invento que, por desgracia, no cuaja. En fin ¿quieres que te lo diga? Pues bien, ó es un bribón ó un bruto.

Hablando así se paseaban á lo largo del jardín, ora deteniéndose, ora continuando el paseo.

Franz creía que era víctima de una pesadilla. La rapidez del viaje, el cambio brusco de lugar y de clima, la locuacidad del cajero, que era un aluvión de palabras, el nuevo concepto que era preciso formar sobre Risler y Sidonia, aquella Sidonia á quien tanto amara en otro tiempo, todo esto lo aturdió, le trastornaba el juicio.

Era ya tarde: la noche cerraba.

Sigismundo le propuso que fuera á dormir á su casa, en Montrouge; pero Franz no aceptó el ofrecimiento pretextando fatiga, y solo ya en el *Marais*, á aquella hora dudosa del día que acaba y del gas no encendido todavía, se fué maquinalmente hacia su antiguo alojamiento de la calle de *Braque*.

Ya en ella leyó un anuncio que decía:

CASA DE HUÉSPEDES.

Era precisamente el cuarto en que había vivido tanto tiempo con su hermano. Allí reconoció el mapa clavado en la pared con cuatro alfileres, la ventana del

rellano de la escalera y el rótulo de las señoras de De-lobelle.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERO"
Año. 1925 MONTERREY, N. L.

La puerta de estas señoras estaba entornada, y no tuvo mas que empujarla para entrar.

Ciertamente, en todo París no había asilo más seguro para su alma turbada que aquel rincón inmutable. En la agitación actual de su desconcertada vida, era como el puerto de aguas tranquilas y profundas, el muelle apacible y lleno de sol, donde las mujeres trabajan esperando á sus maridos ó padres, mientras afuera brama el viento y hierve la amarga onda del mar. Era, sin explicárselo, un lazo, un enlazamiento de seguras afecciones, y ese adorable misterio de ternura que nos hace precioso, siquiera nosotros no amemos, el amor que sienten por nosotros.

El copo de nieve de Desiderata amaba tanto á Franz! ¡Tenía tan brillantes los ojos, aun hablándole de cosas indiferentes!... Como los objetos impregnados en fós-